

EL AMIGO DEL OBRERO

Redactores:
Drs. LUIS P. LENGUAS y MIGUEL PEREA
Secretarios de Redacción:
Dres. Juan N. Quesada y José Miranda

CORRESPONSALES:
En Roma—Monseñor G. Vannucchi
En París—Francisco Venillio
En Friburgo—Max Tormann
En Madrid—José M. Garçon

Órgano de los Ciclos Católicos de Obreros del Uruguay
APARECE LOS MIÉRCOLES Y SÁBADOS

ADMINISTRACIÓN: Daymán 120—Administrador: HORACIO CAMPODÓNICO
Teléfono: LA COOPERATIVA núm. 539
Suscripción en la Capital (por mes) \$ 0,20 | En campaña (semestre adelantado) \$ 1,20
No se pague ningún recibo que no lleve el sello de la Administración.

Indicador cristiano

Sábado 1.º de Julio—Stos. Casio y Secundino, obs. y mrs., Teodorico, pbro. y Leonor, vda.
Domingo 2.—La Preciosísima Sangre de N. S. Jesucristo—La Visitación de la S. V. María a su prima Santa Isabel—N. S. del Huerto.
Lunes 3.—Stos. Jacinto, Ireneo y Eugenio, mrs., Heliodoro y Marcela.
Martes 4.—Stos. Laureano, arzobispo de Sevilla, m. y Flaviano, obs.
Miércoles 5.—Stos. Cirilo, Metodio, obs.; Filomena, v. y Miguel de los Santos.

El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO 1.º DE JULIO DE 1911

Objeto del odio

La legislación de excepción de que es objeto la Iglesia Católica, no ya aquí en nuestro país, sino en todos los países en que los gobiernos y parlamentos se han entregado a la tarea de persecución religiosa, es verdaderamente odiosa y antipática. Y es por varios conceptos fundamentales. Primeramente por que ataca los derechos jurídicos que tiene la Iglesia como institución internacional de vivir y desarrollarse en el seno de la sociedad (y no hablamos por hoy de sus derechos como institución divina); luego porque vulnera los propios principios de libertad de que hacen alarde los enemigos de la Iglesia, y además por su forma, por la manera con que se la lleva a cabo, por su especialización, por su sindicación de atropello, de violencia para con solo la Iglesia Católica.

El Parlamento francés dictó una ley especial para sus subditos argelinos estableciendo que ellos no tenían la obligación de someterse al matrimonio civil que es el único reconocido por el Estado y obligatorio para todos los ciudadanos franceses; que ellos tenían perfecto derecho a contraer enlace según sus ritos religiosos y solo se les imponía la obligación de consignar en el registro civil, que habían celebrado aquel acto, a fin de que en los libros del Estado constara el casamiento para sus efectos legales y para conservar la unidad de la existencia civil de esas uniones. Arguidos los legisladores acerca de esa ley especial, se defendieron orgullosamente afirmando que *había que respetar la libertad de conciencia... de los árabes*. Este hecho basta por sí solo para poner de manifiesto que toda la legislación de que es objeto la Iglesia Católica, de que son objetos los católicos, en las formas más variadas y múltiples, ya acerca del matrimonio civil, ya acerca de la enseñanza, ya de las congregaciones religiosas, ya del culto público, etc., es una legislación que no respeta, que desprecia la libertad de conciencia... de los católicos.

Al paso que van llevando su persecución los gobiernos y parlamentos sectarios, llegará un día en que los católicos, por ser tales, no tendremos ningún derecho y correlativamente ninguna libertad. El derecho de asociación es negado, es restringido en un tal grado y sujeto a intromisiones tan escandalosas que implica mayor afrenta que negarlo; el derecho de enseñar es también negado, y dió la norma Waldeck-Rousseau, en Francia, cerrando en breves días 6.000 escuelas de religiosos, dejando sin instrucción a 1.600.000 niños (y esto hacen los que se dicen apóstoles de la instrucción y enemigos del analfabetismo); el derecho de los padres de familias de dar a sus hijos la instrucción que consideren más conveniente, es absorbido por el Estado que se erige en padre de familia, destruyendo algunos de los lazos sagrados de la tutela paterna, e impone las escuelas obligatorias moldeadas a su paladar y a su tendencia; el derecho de profesar, el derecho de consagrar su vida y su libertad que tiene todo ser al culto exclusivo de Dios, que es el más grande de los derechos que tiene un alma católica, que es el ejercicio de la suma libertad de que puede gozar un ser, es

también negado (la ley sanciona esa negación entre nosotros); y ¿a qué seguir enumerando los derechos y las libertades que se nos arrebatán, si es el comentario diario de nuestras tribulaciones? Hasta el derecho de velar por la moral que nunca se había negado a la Iglesia Católica, le es ahora arrebatado porque el Estado impone su moral... la moral laica.

Y frente a esas negaciones de derechos para los católicos (que derrame de libertades y de derechos para los que no lo son, ya sean protestantes o anarquistas, ya musulmanes o liberales, ya ateos o socialistas) Para todos estos es intangible la libertad de conciencia, para todos estos son intangibles los derechos de pagar sus doctrinas, y de errarlas en el pueblo de cualquier manera y por todos los medios que tengan a mano. Ya puede plagarse nuestro país de mezquitas musulmanas o templos protestantes, que nuestros gobernantes y legisladores no sentirán alarma alguna; ya las sociedades de resistencia, sin reglamentos, sin personería jurídica, sin existencia legal alguna, surgen de tenebrosamente de las oscuridades proletarias, impongan su voluntad y dominen y subyuguen a las masas obreras y las lancen por los derroteros de la revolución social, que nuestros gobernantes y legisladores nada verán ni oirán; ya las escuelas anarquistas se difunden y las racionalistas aumentan, y de esos centros surja una juventud desordenada, sedienta de sangre, loca la cabeza con teorías desorganizadoras, muerto el corazón con los sentimientos del odio de clase, desencadenada la fantasía con la visión del botín en puertas del reparto social, aguzada la carne con la prédica del amor libre y avivada y enloquecida la imaginación con los placeres de la pornografía de libre tránsito, que nuestros gobernantes y legisladores no temblarán ante esa ruina, sino la victoria, la supradada victoria sobre el Catolicismo perseguido, sobre la Iglesia Católica odiada.

Pero tal cosa no llegará. Por encima del Estado, y a pesar del Estado, la Iglesia Católica y el pueblo se tenderán la mano. Esa legislación de excepción, es el fruto de ideas lanzadas en el siglo XIV y que han venido con grandes alternativas, arraigándose ora victoriosas, decayendo ora derrotadas por la vitalidad indomable e indestructible de la Iglesia. En el transcurso de todos los siglos hasta el presente, esas ideas han venido cambiando de formas, según las circunstancias y los momentos históricos, y en nuestros días, no hay duda, gracias a los legisladores franceses, han llegado a concretarse en sus formas definitivas. La legislación de excepción contra la Iglesia Católica, en sus formas variadas, es hoy la cristalización de aquellas ideas que sirvieron de cuna al nacimiento del Estado-Dios que tuvo el primer ayo en Felipe el Hermoso de Francia y cuya lucha con la Iglesia en la persona de Bonifacio VIII, es como el simbolismo profético de lo que pasa en nuestro país.

Ya no puede ir más allá. El pueblo que ve terminada la obra, tendrá que contemplar con asombro, que todas las promesas de felicidad que le hicieron concebir para una vez, realizada definitivamente, se esfuman, desaparecen; y en su lugar, sangrienta decepción, están los problemas económicos y sociales más palpitantes y angustiosos que nunca. ¿Qué se ha hecho por nosotros? —tendrá que exclamar. Nos han arrebatado la fe, el ideal religioso, la visión ultraterrena, que nos era un consuelo, un lenitivo, una esperanza, que paralizaba nuestro brazo vengador, que calmaba nuestras cóleras terribles; nos han abandonado a nuestras propias fuerzas, a nuestro empuje, a nuestro poder, y ahora, que utilizando nuestros medios, que queremos poseerlo todo y conquistarlo todo con la violencia, porque nuestros bienes-

tar no lo alcanzamos con la calma, nos defendemos con las armas los mismos gobiernos que nos han traído a este terreno? Y a su vez los gobiernos, azorados ante su obra, que no fue otra que la del odio contra la Iglesia, no sabrán como dominar a los rebeldes que ellos formaron. Y entonces... se cumplirá la palabra profética de Windhorst. Esos gobiernos se volverán a los católicos, que entre tanto habrán trabajado, habrán apostolizado en su radio de acción, y les dirán: ¿dónde están vuestros sacerdotes? ¿No tenéis más para que inicien la obra de civilización de estos nuevos bárbaros?

Seguid persiguiendo gobiernos y legisladores sectarios. Cavad vuestra propia fosa. El *non proceat* resonará por los siglos de los siglos.

Juegos de mala ley

En el afán de sentar precedentes para una futura expropiación de los bienes eclesásticos el Poder Ejecutivo no desperdicia las ocasiones que se le brindan

Días pasados, con motivo de la intimación que hizo la Junta de la Capital a diversos propietarios de la ciudad vieja para que procedieran a la inmediata renovación del pavimento de las aceras los que todavía no lo hubiesen realizado, la Curia Eclesástica, a quien también dirigió una análoga intimación relacionada con las aceras de la Iglesia Metropolitana, elevó una solicitud al P. E. para que se le exonerara del pago de nueva pavimentación y de los gastos que ello representaría.

El P. E. dictó con tal motivo la siguiente resolución que integramos trascribimos: Ministerio del Interior.—Montevideo, Junio 26 de 1911.—Vista la nota del Arzobispado, en la que manifiesta que la Dirección de Obras Municipales le ha intimado que reconstruya las veredas correspondientes a las aceras de la Iglesia Metropolitana y sus dependencias en las calles Itzaingó, Sirandí y Treinta y Tres, con arreglo a la ordenanza de 1.º de Diciembre de 1906, y pide que esa reconstrucción se haga por cuenta del Tesoro público.

Considerando que el Arzobispado invoca para justificar su solicitud el decreto de 6 de Noviembre de 1889, que exoneró del pago de empujados a los templos católicos "construidos con dinero de la nación o de la misma dependencia, con subsidios y limosnas autorizadas".

Considerando que ese decreto tuvo en cuenta como fundamento principal según se indica en el expresamente, el artículo 1.º de la ley de 1855, artículo que hace obligatorio para todos los propietarios el pago del pavimento "con excepción de las bocacalles, plazas públicas, edificios y terrenos pertenecientes al fisco que será costado por el Tesoro Nacional".

Considerando que el decreto invocado por el Arzobispado en la presente no se refiere expresamente al caso propuesto por tratarse en éste de construcción de veredas y no de pavimento de las calles; pero que el asunto debe ser resuelto por analogía en el mismo sentido solicitado, a la vez que se funda en principio legal debe aplicarse a todas las consecuencias que de él se derivan forzosa y lógicamente.

Considerando que el principio legal en que se apoya el Arzobispado es el de que las Iglesias construidas con dinero de la nación, con subsidios o limosnas autorizadas según el envaseado decreto de 1889, son bienes del Estado, y que en consecuencia la reconstrucción de veredas magdadas por la ordenanza municipal del 1906 debe ser hecha por cuenta del Estado.

Considerando que la Iglesia Metropolitana se encuentra en el caso del considerando anterior, el Poder Ejecutivo resuelve:

1.º Hágase saber a la Intendencia Municipal de Montevideo, que debe mandar reconstruir las veredas correspondientes a la Iglesia Metropolitana y sus dependencias elevando las cuentas a este Ministerio para que pague por el rubro que corresponde.

2.º Comuníquese, publíquese e insértese.—RUBRICA DEL SEÑOR PRESIDENTE.—P. Manini Ríos.

Bien de manifiesto se halla en las líneas que anteceden la íntima satisfacción que le ha causado al P. E., y en especial al actual Ministro del Interior, el poder expresar con la mayor claridad, en un documento público, el principio, a todos luces erróneo, y, lo que es peor, dictado por el más ciego sectarismo, de que los templos construidos con limosnas, con subsidios o con dinero de la nación son bienes del Estado.

El actual Ministro del Interior, en la época en que era diputado, puso ya de manifiesto el mismo principio al discutirse la ley de Asistencia Pública, al agitar la cuestión de la reforma del art. 5.º y finalmente, ya ministro, lo dejó enterrar en los considerandos del decreto sobre investigación de Convenciones.

No es posible dejar pasar en silencio esos avances de opinión. El P. E. trata de sentar precedentes para el futuro, y torciendo dolorosamente el pensamiento del Arzobispado, trata de hacer aparecer a éste, reconociendo desde luego como bienes del Estado las Iglesias y capillas, por el hecho de gozar ciertas exoneraciones especiales y ser construidas con dinero de subsidios populares, limosnas y subsidios.

Protestamos como ya lo hemos hecho otras veces, contra la insólita pretensión del P. E. y protestamos porque no podemos reconocer como verdadero un principio que no reposa en ningún dictado de justicia ni de razón, ni en un simple fundamento jurídico dentro de nuestras leyes, ni aún dentro de la legislación universal.

Bien sabemos que se pretende seguir la doctrina apoyada en Francia por el sectarismo jacobino, y ello mismo es lo que palmariamente demuestra la completa ausencia para ese principio, de razón jurídica en que fundarse.

Aun que no pretendemos por ahora, embarcarnos en una agria nomenclación y en un estudio de múltiples consideraciones, queremos, con todo, dejar expresado que en la misma resolución, del P. E. ha quedado patente una falta para la pretensión del Gobierno.

Y es ella el declarar que el decreto de 6 de Noviembre de 1889, invoca al por la Curia en su solicitud y por el cual se establece que el pavimento de las bocacalles, plazas públicas, edificios y terrenos pertenecientes al fisco, será costado por el Tesoro Nacional.

Si el P. E. cree que en ese decreto no están comprendidos los bienes eclesásticos, tiene que ser necesariamente porque estos no son del Estado y si acaso lo es la pavimentación por cuenta de la Junta debe hacerse, no por ser la Iglesia bien del Estado, sino por contribuir con esa pequeña exoneración a la protección del Culto Católico, como se lo prescribe la Carta Fundamental y como lo establece el derecho del Patronato.

Curiosos

¡Por vida de los ángeles! ¡Hasta los tipógrafos, reconocidos, hasta los tipógrafos!

Que las demás gentes desprecian el paro, y nos tengan parados, nunca más es un pequeño accidente en el curso de nuestra vida social; pero que los tipógrafos digan: no trabajamos—se hace verdaderamente intolerable.

Y sino, díganme ustedes—¿a falta de tipógrafos quién se encarga de componer los diarios?

Pues, claro está, que nadie.

Y sin diarios ¿cómo se vive la vida de nuestros tiempos?

Imposible.

Que los peones de barraza se declaran en huelga? ¡Ah! me las das todas; que los carpinteros no quieren trabajar? pues que no trabajen; que los plomeros pandereros digan que dones? pues comeremos gallos; que los cancheros quieren desearse? pues que desearse hasta el día del juicio por la tarde; de todos modos yo vivo a régimen y esos endiabladitos de medicos me han prohibido el uso de la parca, y el que se sienta con aliento y estómago para ser carnívoro, que se embrome, que se haga naturalista a la fuerza, y que cumpla con las leyes de la abstinencia.

Todos estos son males pasajeros que pueden tolerarse; pero sin diarios no vivo hoy cinco días ni el zapatero de la esquina.

¿Quién agnanta hoy sin ese compañero de todos los días, que nos visita con pasmosa solicitud y nos viene a contar todos los chismes de vecindad y aún de la no vecindad, y hasta nos cuenta con multitud de detalles si habló el Rey de Trapavara o bailaron el can con nuestros antepasados?

Yo tengo un barbero—¿esa que na tiene de particular, porque casi todos los hijos de Adán tienen el ayo, y aun muchas hijas de Eva, con perdón sea dicho, puieran tenerlo—digo pues que yo tengo un barbero, que no es muy charlatán que digamos, y es el caso que ayer me lo encontré tan furiato al raparbarlas, que, casi casi, no me animé a poner a disposición de sus habilísimas navajas las sinuosidades de mi querido cuello.

—Pero ¿qué avista lo ha plendo tan temprano y en pleno invierno, mi carísimo barbero?—le dije, tratando de congraciarme con su contrabando espíritu tan bondadoso de ordinario.

—¿Qué avistas, ni qué avisperos! Lo que me lleno de un humor de perros, es la huelga...

—¿La huelga? ¡Ah! eso es hoy como el pan de cada día. No sé quien pueda tomarse en serio una huelga, ni me-

nos hacerse mala sangre, porque los zapateros no trabajan o los herreros huelgan.

—Miro, señor; a mí se me importa un rábano que no trabajen los herreros, los barrenderos y aún los diputados de la nación; pero que no trabajen los tipógrafos, y que tengamos que vivir sin diarios, eso es la mayor de todas las calamidades públicas.

—No veo el motivo.

—¿Qué no ve usted el motivo? Y eso se lo dice usted a un barbero? Miro, yo me desespero de solo pensarlo.

—No es para tanto—dijo yo retirando mi enjabonado cuello del cortante filo de la navaja.—La cosa no vale la pena de desesperarse.

—Pero ¿me quiere usted hacer el favor de decir cómo me las campañas yo un barbero para saber noticias, si no me visitan los diarios? —Y sabe usted—prosiguió mi figura—lo que es un barbero sin noticias? Pues, sencillamente, peor que una campana sin badajo, peor que un reloj sin agujas. Un barbero sin noticias con qué entretener a sus clientes, no puede llenar en conciencia su misión. Así que ya puede usted calcular qué perjuicios pueden venirnos con esta huelga de tipógrafos que Dios confunda.

Vi que el barbero tenía razón hasta por arriba de su peluca; y me despedí, rogando a Dios porque terminara pronto esa huelga fatal, y les diera por bolar en cambio, a los cobradores de impuestos y a los ingleses de la clase, y preferentemente a los que no se olvidan de ventresnos mes a mes a llevarnos una pila de pesos por concepto de alquiler de casa.

Pero estos ni a canón se declaran en huelga.

El Mono

La bandera nacional que se enviará a Méjico

Su solemne bendición

Numeroso era el número de personas que, en la tarde del jueves, hacían acto de presencia en nuestra Iglesia Metropolitana, con el objeto de asistir a la hermosa ceremonia de la bendición de la bandera uruguaya que, primorosamente confeccionada en el colegio de las Hermanas del Huerto por intermedio del Consejo de las Hijas de María, y con donativos de muchas personas piadosas, será enviada a Méjico para que sea colocada en el santuario de la novel patria de América, Ntra. Señora de Guadalupe.

Numerosa, decimos, y al mismo tiempo selecta era la concurrencia. Las varias asociaciones parroquiales y de los diversos templos de la capital, así como otras congregaciones concurren en masa al hermoso acto para el que expresamente había invitado el Consejo Superior de las Hijas de María.

Era de notarse además el importante número de jóvenes y caballeros que acompañaban las naves laterales en bastante número.

A las 2 y 30 se inició el acto religioso con el rezo del Santo Rosario, las letanías y otras plegarias de ocasión.

Terminados estos rezos S. Señoría Illma. Monseñor Isasa procedió a la bendición de la hermosa bandera.

Confeccionada esta con una finísima tela de seda lila en su ángulo superior junto al asta un brillante sol bordado en oro, artístico trabajo que hace honor a las distinguidas colaboradoras de esta meritoria obra de arte.

Durante la bendición, las cintas celestes, atadas del asta de la bandera fueron tenidas por los distinguidos padrinos: Dr. Joaquín Secco Illa y su señora esposa.

Bendecida la bandera oyéronse las primeras notas de un Ave María coreadamente cantada por un coro de señoras acompañadas en el hermoso canto por armonium y violines que producían un conjunto de emocionante belleza experimentada por todos los presentes.

Extinguidas ya las notas del Ave María subió al púlpito el ya conocido orador sagrado Monseñor de León, pronunciando una apropiada alocución relacionada con el acto a la vez patriótico y religioso que en aquellos momentos se celebraba. Sobre todo la parte final de su pieza oratoria tuvo rasgos oportunos y magistrales, trayendo a colación la reciente discusión sobre reforma de banderas, y demostrando el distinto significado que para nosotros encierran la bicolor bandera de Artigas y la actual tricolor bandera; en que esa diferencia de significación implique bajo ningún concepto desprestigio alguno en las glorias que uno y otro símbolo encarnan.

Una vez terminadas las palabras de Monseñor de León impartió la bendición con el Santísimo y luego el maestro Calvo elevó en el órgano el Himno Nacional.

Finalmente Monseñor Isasa dirigió a los fieles unas breves palabras, con lo que quedó terminado el acto religioso.

Las hijas de María repartieron profusamente un recuerdo de la bendición de la bandera, consistente en una artística cartolina con la imagen de Nra. Señora de Guadalupe, un himno a la Santísima Virgen y una oración a la misma.

Por una repentina indisposición del doctor Secco Illa, no pudo ser cumplido el último número del programa constituido por las palabras que el Presidente de la Unión Católica debía pronunciar en el atrio de la Catedral.

El acto del jueves puede figurar con honor entre los muchos éxitos conquistados por las hijas de María del Uruguay en su incansable obra de propaganda por la fe.

CARTA DE MADRID

Un proyecto sectario

Los demócratas contra la libertad—La estadolatría de nuestros políticos—Indicaciones sobre su ignorancia.

DE JOSÉ Ma. GARZÓN

(Especial para EL AMIGO DEL OBRERO)

Valientemente como se ve, han procedido los obispos españoles contra el atentado a la autoridad de la Iglesia, consumado no más que por la aparente debilidad que la sociedad divina presenta porque la Santa Sede no construye acorazados ni se relaciona para nada con la casa Krupp, ni organiza grandes ejércitos en constante pie de guerra con la espada levantada y el fusil apuntando al que venga a perturbar su paz.

Durante la Edad Media desde los días de San Gregorio VII hasta que el sol de las grandezas del Pontificado se hundió en Avignon y en el Cisma, tenía de sobra la Iglesia con ser la más perfecta de las sociedades y la que de mejor modo armonizaba el interés social del mundo entero con el fin último del hombre, para que señores y plebeyos, potentados y monesteros, reyes y emperadores, pueblos y razas se inclinaron con respecto delante de todos los designios del Pontífice y acudieran solícitos a las armas a la tranquilidad de Roma así lo requiera, organizaron las diversas cruzadas que habían de llevar la religión sacrosanta del crucificado a las regiones más apartadas del globo y sellaron con la obediencia más ciega y absoluta cuantas disposiciones partían de la mano del Vicario de Cristo.

De entonces es la salutífera medida llamada tregua de Dios que amonó las luchas de un feudo con el otro y que era respetada por todos los señores; de entonces, es el horror de cuantos profesaban la religión católica hacia toda persona que recibía de la Iglesia la pena terrible de ser excomulgada; de entonces es aquel prurito de amoldar la conducta de las entidades nacionales a los eternos principios del bien y de la justicia; de entonces es la formidable protesta de las ciudades de Italia que no pasan por la usurpación de los derechos del Papado y organizan el partido gibelino, las dos Ligas Lombardas y triunfan del imperialismo en Segnano y se unen a los Hermanos Menores, ofendiendo la clintura con la cuerda del Patriarca de Asis para de este modo poner de manifiesto el espíritu cristiano que en todas partes se respira al amar a los elevadísimo conceptos de lo suprasensible y la caridad suprema hacia todos nuestros semejantes, perfunada por el aroma de las *Florcillas* de San Francisco, aquel coloso del siglo XIII que tan altísimo himno supo entonar al amor, con su vida, con sus acciones y con su obra de gigante.

Mas luego finaron tales centurias. Pasó primero el huracán del Cisma; más tarde la tempestad de la Reforma. Las nacionalidades se constituyeron atendiendo a una norma política desligada por completo de la norma religiosa y al bien es verdad que los siglos XV y XVI son en la historia de la civilización resplandecientes luminarias que transportaron el brillo de las ideas a las tierras vírgenes de América y proclamaron soldados capaces de guerrear con el mahometano y el hereje y también varones esclarecidos que honraron la ciencia, el arte, las letras, la sabiduría y el mismo catolicismo del que es prueba de vigor en tales tiempos el Concilio de Trento y la competencia y buen criterio de los teólogos que allí intervinieron, el siglo XVII por decreto de la fatalidad había de ser testigo del Tratado de Westfalia que formó la sociedad internacional prescindiendo de la autoridad pontificia, que los errores cortesanos que pretendieron aislar la Filosofía del príncipe divino que en razón le correspondía, de los dislates de Jansenio que andando los años fueron causa principal

lco
RRRANNO
l)
EDIA
ETENTE

de fajas,
piernas
de teatro
pelo, etc.
de Jenna.
Optica.
MEDIDAS
de SIOAT JO

S, Donista
Arapo.
R, Cirujano
del Circulo
Extraccioes
9 A 12 y do
nón 28; ca-
Y C*, artí-
o 300.
-Ingentoro
al 135 (pri-
a en 839.
ORIA, agri-
a profesiona.

July, 572.
do. Estado:
graciada 436
O. Donista
Hospital de
es. á 5 p. m.
de Daymán y
scribano, Mi-
ro 286. To-
Central y
BARTOL-
altor.
consultas de

escribano pú-
 escribano á
 139, entre 25
 Ho partícula
 operatila 623
 dentista. Pro-
 fesionista. Ho-
 siles de 2 á 5
 87c. Teléfo-
 nódón.
 ndean 44, on
 Consultas de
 Lavalleya 32
 especialista en
 el pecho, estó-
 6

Confinito;
no LA Coop
1/2 p. m.
Uco cirujano
groetda 132
LLI, redillo,
Gces 147a
sultas de 4 4
Foriano 217a
in.
Julio 85Pg
de Batelli

Elleco, ha
la calle Hua-
de 1 A 3 p.

cribano p-
obela A la
nlica.

construtores
José y So-

lico chuipzo
y Sábada
dades cu-

lanos y

r, los here
 daga feato
 YAPOR
 A 6 h 15 ca
 25 h 4
 brica
 MONIA
 lileta
 a alemán
 am

1047

